

bién conmovedora. Bakhita es el equivalente de la época a los sencillos o al «santo de la puerta de al lado», como suele decir el papa Francisco. A esto siguió además su condición de enferma crónica, que no consiguió empañar su entrega generosa. Fue en fin –como indica Rouillet una misionera tanto en el convento como «improvisada itinerante».

El biógrafo francés nos ofrece así un retrato de la Italia de la segunda mitad del siglo XIX, y del movimiento misionero que surgió en este país. Presta también atención a los detalles de tipo histórico, geográfico y religioso, que orientan en una lectura detenida del texto. Alude, e ilustra de igual manera, a virtudes de la santa sudanesa como la prudencia, la fidelidad y la fortaleza, la templanza y la esperanza, así como a su «alegría, e incluso buen hu-

mor». Pero sin lugar a dudas su virtud más representativa es «una caridad natural y sin énfasis», que Rouillet asimila a la espiritualidad de Teresa de Lisieux, aun sin conocerse ambas recíprocamente. Fue, en fin, beatificada el 17 de mayo de 1992, junto con Josemaría Escrivá de Balaguer, y canonizada en 1995, con lo que fue declarada patrona de Sudán y de los africanos oprimidos. Resulta en efecto estremecedor el cuadro que ofrece del esclavismo y del fundamentalismo religioso en estas tierras. Santa Josefina encarna a toda persona que descubre a Dios, primero como Creador y después como un Dios cercano, hasta descubrir en él la misericordia del Padre, y la identificación con el Hijo por medio del servicio, concluye el biógrafo.

Pablo BLANCO

María CASAL, *Una canción de juventud*, Madrid: Rialp, 2019, 220 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-5138-5.

A pesar de su nombre, la protagonista de este testimonio es una suiza protestante y políglota, nacida en Guillena (Sevilla) en 1929. Criada en la capital andaluza, donde estudiará Medicina («era la única mujer», recuerda), va descubriendo poco a poco la fe cristiana en plenitud, también a través del espíritu del Opus Dei. Resulta así de especial interés su progresivo conocimiento de la fe católica a partir de sus presupuestos protestantes. La terminología empleada en estas páginas no recoge sin embargo las ideas enseñadas por el último Concilio, especialmente en el decreto sobre ecumenismo *Unitatis Redintegratio*, por lo que habría sido recomendable alguna nota a pie de página explicando esta circunstancia. Tras su plena incorporación a la Iglesia católica según la praxis del momento, pedirá igualmente ser del Opus

Dei como numeraria. El punto de partida de la protagonista-narradora, la frescura con que describe sus descubrimientos y la perspectiva femenina ofrecen a este relato un especial valor. No deja de ser igualmente interesante el modo en que es resuelto el inicial contraste entre lo católico y lo protestante. El hecho de que el Opus Dei pudiera contar con cooperadores no católicos desde 1950 resulta ilustrativo.

La segunda parte del testimonio está constituido por los inicios de la Escuela de Enfermería, a partir de 1954. Destacan aquí, por un lado, la iniciativa personal de las mujeres que los protagonizaron y, por otro, la atención prestada al carisma fundacional representado en la figura de san Josemaría Escrivá. Relata así con particular atención y detenimiento las principales visitas y encuentros con el entonces gran

canciller de esta Universidad. Su vida va a cambiar sin embargo de derrotero a partir de 1962 con su marcha a Roma. Allí ejercerá durante años como médico y profesora del Colegio Romano de Santa María, dedicado a formar a mujeres de todo el mundo. La narración aparece minuciosamente tejida en torno a la idea de la penuria dominante en esa tardía posguerra. Además aparece también claro el deseo del fundador por la formación teológica de aquellas mujeres, al mismo tiempo que se le veía profundamente implicado en deta-

lles concretos y materiales. Aparecen igualmente interesantes referencias al desarrollo de la labor apostólica del Opus Dei en tierras helvéticas («un volcán cubierto de nieve», en palabras de san Josemaría), así como a la atención de los progenitores de Casal, quien vivirá en ese país desde 1965. El estilo laical de estas iniciativas constituye una interesante aportación a la teología de la misión también en sociedades post-cristianas.

Pablo BLANCO